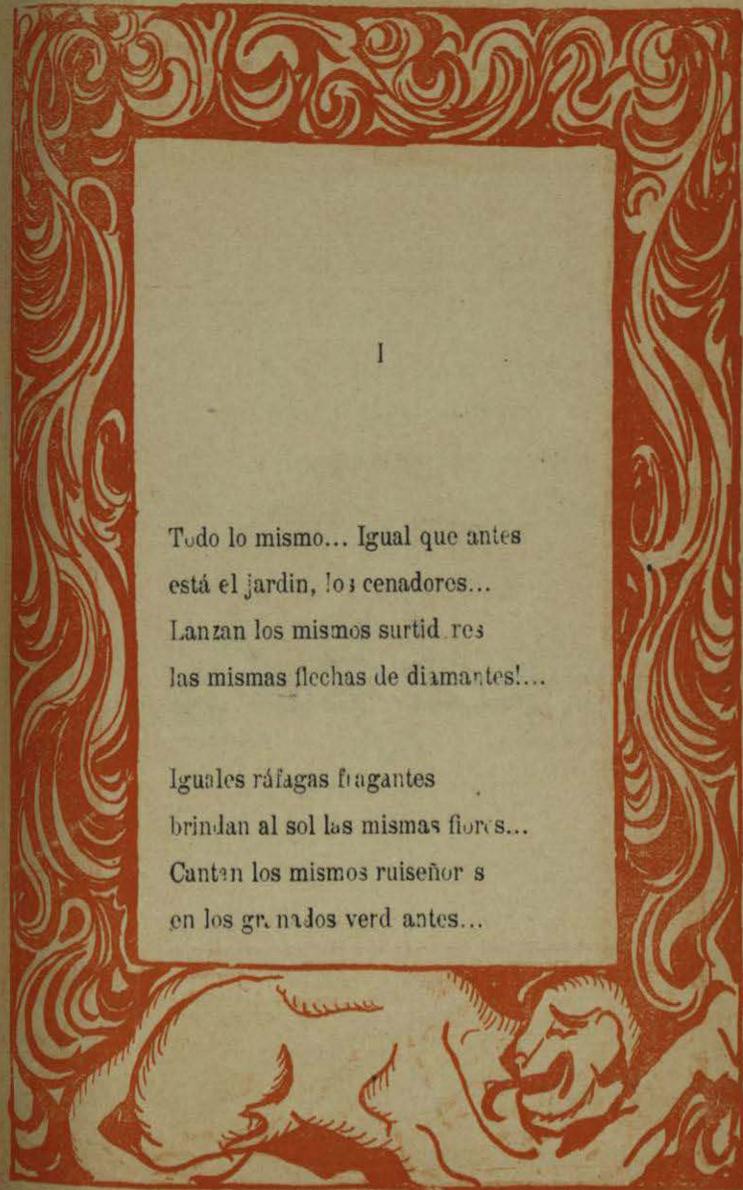


I

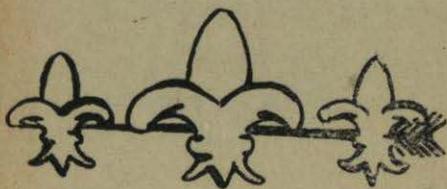
Todo lo mismo... Igual que antes  
 está el jardín, los cenadores...  
 Lanzan los mismos surtidores  
 las mismas flechas de diamantes!...

Iguales ráfagas fragantes  
 brindan al sol las mismas flores...  
 Cantan los mismos ruiseñores  
 en los granados verdantes...



La misma Venus mutilada  
sobre la fuente abandonada...  
El mismo aroma de reseda;

el mismo musgo cubre el banco...  
¿En dónde está tu traje blanco  
entre el verdor de la arboleda?...



II

¿Por qué en mi senda dolorosa  
sólo tu mano me ha dejado,  
si sabes que sin tu cuidado  
mi vida es como una rosa

que se desnoja temblorosa  
en un jardín abandonado?...  
Mi corazón está colmado,  
y por ti en lágrimas rebosa?...

Llora mi alma en mis pestañas;  
 mas ni maldice ni te acusa...  
 ¡Ay, para mí tu amor ha sido  
 como esas madres sin entrañas  
 que echan sus hijos á la Inclusa...  
 ¡Qué más Inclusa que el olvido!



## III

Entra un olor de Primavera  
 por mi balcón, á bocanadas...  
 ¿El resplandor de qué miradas  
 te alegrará, estancia austera?

Mi corazón ansioso espera  
 el resonar de unas pisadas...  
 Venid, venid, manos amadas  
 á acariciarlo antes que muera!...

¡Oh, sed de besos!... Sed vehemente  
de amar, que no encuentra una fuente  
ni aun una charca en que poder

saciar su voluptuosidad!...

¡Ay, con amor y sin mujer  
qué triste es la soledad!



## IV

En la glorieta solitaria  
de tu jardín abandonado,  
bajo la trágica araucaria,  
sobre un gran zócalo gastado,

su desnudez estatuaria  
alza un Apolo mutilado...  
Su torso, una parietaria  
con su verdor ha amortajado!...

Tristeza muda y desolada  
de una escultura abandonada;  
tristeza del mármol que llora

del tiempo la mutilación!...  
(¡Viejo jardín, cómo devora  
tu soledad, mi corazón!)



V

¡Cómo la humana planta yerra  
en el camino de su anhelo!...  
Cuando soñamos con el cielo  
nos despertamos con la tierra!

Con nuestro sueño vive en guerra  
la realidad... Siempre en su hielo  
se apaga el ígneo Mongibelo  
que en nuestro espíritu se encierra!

¡Oh, miserable carne loca!...  
 ¡Tenemas sed, y nos echamos,  
 para saciarla, en cualquier fuente!...

¡Qué triste es dar en otra boca  
 aquellos besos que soñamos  
 dar en su boca solamente!



## VI

En el amor de esta ramera  
 en cuyos brazos busco olvido,  
 soy como un ciego que ha perdido  
 la mano de su compañera;

y fatigado por la espera,  
 de caminar tanto rendido,  
 sin darse cuenta se ha dormido  
 dentro del antro de una fiera!...

¡Oh, santa mano, blanca guía,  
no busques más mi compañía!...  
Dale tu adiós á lo pasado!...

Sólo de mí quedan despojos!...  
¡Cuanto fué orgullo de tus ojos  
la fiera hambrienta ha devorado!



## VII

Pienso, en tus blancos brazos preso,  
la sien sobre tu seno en flor:  
— No hay beso como el primer beso,  
ni amor como el primer amor!...

Y mientras yo, pensando en eso,  
suspiro, á veces, de dolor,  
quizás tu cuerpo tiembla opreso  
y se enrojece de rubor,

al evocar hoy la dulzura  
del primer beso, que aún perdura  
entre tus labios de clavel...

Verdad, que nunca has encontrado,  
en ningún labio que has besado,  
miel parecida á aquella miel?



## VIII

Bajo la Luna plateada,  
mientras suspira el surtidor  
y se estremece la enramada  
y el jazminero da su olor,

á nuestra alma acongojada  
cantar parece el ruiseñor:

— En esta noche perfumada  
¿te acuerdas de tu antiguo amor?...



Del mirador pendiente aún queda  
la escala mágica de seda ..  
Sangra un cadáver... Sobre el pecho

aun muerto oprime su laúd...  
¡Oh, negros ojos!, ¿qué habéis hecho  
de mi divina juventud?...



## IX

Igual que un pájaro en su nido,  
abandonado por la suerte,  
mi último anhelo, entristecido  
y fatigado de no verte,

entre tus manos se ha dormido...  
¡Cuida que nada le despierte,  
que el sueño es como un olvido  
entre las sedas de la Muerte!

Blanco sepulcro de tus manos;  
rosas de paz, lirios humanos,  
que apagan toda mala hoguera

y aduermen toda turbación...  
Tus blancas manos yo quisiera  
para enterrar mi corazón!...



X

Eres suave como un ala,  
pálida como un asfodelo,  
y por tu labio, tu alma exhala  
como un lejano odor á cielo...

Ninguna seda en tenue ignala  
á la negrura de tu pelo  
que por la túnica resbala  
con suavidad de terciopelo!...



Hay en tus gestos una pena  
de mustia y mística azucena...

Esa tristeza que te viste

te hace más dulce y más hermosa...

¡Eres suave, bella y triste  
como una Mater Dolorosa!...



## XI

Con tantas rubias y morenas  
como en mi senda he tropozado,  
pródigamente he derrochado  
im juventud, á manos llenas!

Hoy, para ti, conservo apenas,  
como recuerdo del pasado,  
un corazón ensangrentado  
y un alma en cruz sobre sus penas!

Brinda á otro amor tus azahares...  
 ¡Yo he derrochado mi tesoro!...  
 De mí, tu espíritu ¿qué anhela,

si arrojé al fondo de los mares  
 las últimas onzas de oro  
 que conservaba en mi escarcela?



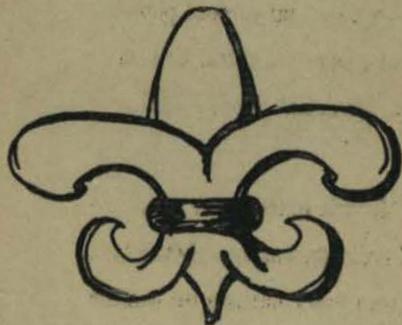
## XII

¡Adiós, te dije, vida mía!,  
 porque en mi sórdida pobreza  
 para pagar tu astral belleza  
 mi juventud ni oro tenía!...

¡Mi vida entera está vacía!...  
 Perdió mi amor su fortaleza...  
 ¡Qué mal contrasta mi tristeza  
 con tu selvática alegría!...

Mi corazón es como un viejo  
y paralítico mendigo,  
en sus recuerdos asilado,

que ve pasar por el espejo  
de su ilusión, como un castigo,  
los áureos sueños del pasado!



## XIII

Ven, y reclina tu cabeza  
para llorar entre mis manos,  
que mi dolor y tu tristeza  
pueden ser como dos hermanos!...

Iguales por Naturaleza,  
vimos morir, raudos y vanos,  
tú, tus anhelos de grandeza,  
y yo, mis sueños soberanos!...

¡Igual dolor! En nuestras vidas  
 sangran idénticas heridas...  
 Ven á mi lado, y lloraremos,

cual dos hermanos abrazados,  
 sobre la tumba en que tenemos  
 á nuestros padres enterrados!...



## XIV

Aquellas blancas alegrías,  
 aquellas cándidas quimeras,  
 como cristianos á las fieras,  
 las arrojaron, por ser mías!...

Perdí el tesoro de mis días  
 entre rufianes y rameras...  
 Hoy si me vieras, si me vieras  
 reconocirme no podrías!...

¡No me conozco ni yo mismo!...  
 ¡Rodé por tanto y tanto abismo!...  
 ¿Qué resta ya del frenesí  
 de mi gloriosa juventud?...  
 Lo mismo, amada, que de ti:  
 ¡cenizas en un ataúd!...



PARA VIOLÍN Y PIANO